

SIMÓN BOLÍVAR EN LA ERA DE LAS REVOLUCIONES: PERSPECTIVAS DE LA HISTORIOGRAFÍA ANGLO-ESTADOUNIDENSE

SLATTA, Richard W. and LUCAS DE GRUMMOND, Jane, *Simon Bolivar's Quest for Glory*, Texas, Texas A&M University Press, 2003, 344 pp.

BUSHNELL, David, *Simón Bolívar: Liberation and Disappointment*, London, Longman, 2004, 208 pp.

LYNCH, John, *Simón Bolívar. A life*, New Heaven, Yale University Press, 2007, 368 pp.

BUSHNELL, David and LANGLEY, Lester (eds.), *Simón Bolívar: Essays on the Life and Legacy of the Liberator*, Lanham-Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, 2008, 207 pp.

LANGLEY, Lester, *Simón Bolívar: Venezuelan Rebel, American Revolutionary*, New York-Lanham-Plymouth-Toronto, Rowman & Littlefield Publishers, 2009, 168 pp.

En aproximadamente dos décadas Venezuela y toda la América española fue sacudida por un huracán llamado Simón Bolívar. Pero estas convulsiones, tengan su origen en la naturaleza o en la acción humana, no son fácilmente capturables para los historiadores. Para escribir la biografía de un militar y político criollo como él se necesita, además de un enorme trabajo de investigación, una sensibilidad y un sentido crítico capaz de demarcar la línea de lo excepcional y heroico de lo propiamente humano del personaje. Se necesita el coraje suficiente para bajar a Bolívar, primero de su caballo, y luego del pedestal de las múltiples estatuas que le han construido alrededor del mundo: desde Caracas a París y, más recientemente, en Moscú. No debe extrañar que numerosos estudios biográficos sobre *El Libertador* no hayan podido lograr estos objetivos, volviéndose muchos de ellos en una «historia de bronce»: relatos modélicos que más parecen rendir tributo al monumento y al mito que intentar comprender al personaje en sus diferentes contextos históricos. De esta manera, el enorme corpus bibliográfico que conforma la «historiografía bolivariana» es decepcionante desde un punto de vista crítico¹; al escaso distanciamiento de la simple hagiografía se

¹ La historiografía de los padres fundadores de los Estados Unidos no ha estado exenta de esos mismos vicios. Dos excepciones a esa regla son los persuasivos trabajos de Gordon

suma la indiscriminada apología, artificios que reafirman un mito bolivariano que se adapta, proyecta y reformula según los distintos momentos políticos de la ahora República Bolivariana de Venezuela².

La historia, la memoria y el mito se confunden y rodean la figura de Bolívar incluso en las investigaciones de algunos historiadores profesionales. Entonces, para narrar su vida es necesario desempolvar los antiguos documentos en busca del hombre de carne y hueso que lideró la revolución de Independencia americana deconstruyendo el mito que se ha edificado en torno a su proyecto político y cuestionando la instrumentalización que sus textos y obras han sufrido desde el momento de su muerte.

El interés de los historiadores anglófonos por biografar a Bolívar ha sido particularmente prolífico en los últimos cinco años. David Bushnell y Richard Slatta en colaboración con Jane Lucas de Grummond publicaron entre los años 2003 y 2004, respectivamente, dos nuevas investigaciones sobre *El Libertador*. El carácter revisionista de ambas publicaciones queda a la vista al momento de constatar los escasos aspectos novedosos que aportan al estudio de su vida pública y privada. En el caso de *Simón Bolívar: Liberation and Disappointment*, se trata más bien de un texto escrito para un público no especializado; a pesar de la amena narración con la que construye esta biografía se extraña un estudio más profundo de las ideas políticas de Bolívar³. El revisionismo siempre será un ejercicio necesario para mirar desde otra perspectiva un proceso histórico ampliamente trabajado, pero cuando este esfuerzo no problematiza ni es capaz de analizar de una nueva manera un determinado objeto de estudio —como ocurre con el trabajo de Bushnell— queda una deuda pendiente con los lectores. En *Simón Bolívar's Quest for Glory*, Richard W. Slatta y Jane Lucas de Grummond realizan un interesante trabajo de análisis de la personalidad de Bolívar a partir de sus escritos y correspondencia. Aún cuando algunas de sus conclusiones no parecen del todo convincentes —especialmente la referencia al supuesto trastorno bipolar que habría tenido el venezolano— al final del libro aportan una novedosa visión sobre las percepciones y transformaciones de Bolívar desde una figura demagógica a un semi-dios⁴.

En vista de estas tentativas historiográficas, escribir una biografía de Bolívar en una coyuntura política como la que está viviendo Venezuela desde hace 12 años es una tarea mayor; no sólo porque la historia del personaje es en sí misma compleja sino

Wood, *Revolutionary Characters. What Made the Founders Different*, New York, The Penguin Press, 2006; y R. B. Bernstein, *The Founding Fathers Reconsidered*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2009.

² Frédérique Langue ha insistido en varios de sus artículos sobre este punto, especialmente en «La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico», en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 66, n.º 2, julio-diciembre 2009, pp. 245-276.

³ David Bushnell, *Simón Bolívar: Liberation and Disappointment*, London, Longman, 2004.

⁴ Richard W. Slatta and Jane Lucas de Grummond, *Simón Bolívar's Quest for Glory*, Texas, Texas A&M University Press, 2003, pp. 295-310.

también porque un trabajo de este tipo requiere lidiar inevitablemente con una historia oficial que usa y abusa de la memoria para urdir su propia teleología revolucionaria a través de la instrumentalización política de un republicano moderado como Bolívar. Sus biógrafos anglófonos más recientes han evitado hacerse cargo de ese problema, optando más bien por una historia aséptica que pretende retratar al personaje en su propia época sin atender a su proyección histórica, apostando así por una historia anticuaria —según la definición acuñada por Nietzsche en *Sobre la utilidad y los prejuicios de la historia para la vida*— que no se interesa por el presente⁵.

Por sus amplios conocimientos del Imperio español y de sus colonias John Lynch aparecía como el historiador anglófono mejor calificado para emprender la tarea de escribir una nueva biografía de Bolívar. Lynch posee un prolífico historial de publicaciones sobre la historia española de los siglos XVII y XVIII, y es un experto en los movimientos independentistas del siglo XIX. Es, por lo tanto, un historiador capacitado para incorporar a su biografía de Bolívar la gran cantidad de investigaciones publicadas en los últimos cuarenta años sobre la Independencia de América Latina. En esta biografía su enfoque es siempre moderado y sensato, y su prosa mesurada y accesible. Aunque no recoge el drama novelesco de la turbulenta carrera de Bolívar como lo hace David Bushnell, sí logra evocar la compleja personalidad de un hombre cuya fuerza de voluntad y carisma lo convirtieron en una de las figuras prominentes de la lucha por la emancipación de la América Central y del Sur de la dominación española. El resultado de este trabajo, aunque no es especialmente innovador, es una de las mejores biografías que se han escrito hasta la fecha sobre «El Libertador». Sin embargo, su principal déficit es que recién al final del texto Lynch se plantea algunas de las preguntas que todo biógrafo de Bolívar debiera enfrentar con profundidad: ¿Fue un hombre de estrategias inmutables? ¿Desafió realmente las convicciones políticas de su tiempo? ¿Renovó sus ideas políticas mientras la revolución de Independencia se movía de una fase a otra?

Ciertamente, no hay una sola teoría que pueda abarcar todos los aspectos de la vida de un personaje como Bolívar. Por ello, los historiadores corren el riesgo de distorsionarlo si lo encierran en un marco conceptual que fuerza un modelo explicativo para recrear su pasado. John Lynch, a diferencia de otros historiadores, evita caer en esa trampa cuando plantea que «Para entender las revoluciones y sus actores debemos observarlos de cerca y juzgarlos a una gran distancia.» Con esa premisa de fondo, esta nueva biografía de Bolívar sigue una línea narrativa con pausas para el análisis y la interpretación, y una pausa final —tal vez demasiado breve— para establecer ciertas conclusiones. Lynch utiliza un enfoque evidentemente pragmático para retratar la vida de un hombre a quien él mismo describe como «el siempre pragmático». Aunque el pragmatismo no es la característica predominante de Bolívar como este autor sugiere, su enfoque nos permite hacer nuestra propia evaluación del personaje luego de leer la

⁵ Cf. David Bushnell, *op. cit.*; Lester Langley, *Simón Bolívar: Venezuelan Rebel, American Revolutionary*, New York-Lanham-Plymouth-Toronto, Rowman & Littlefield Publishers, 2009.

detallada y bien informada descripción de la vida pública y privada de Bolívar desde su nacimiento en 1783.

En la primera parte de la biografía el autor describe la infancia y juventud de Simón en Caracas, su compleja historia familiar, sus experiencias de formación en Europa, su adhesión a la causa independentista y los triunfos y reveses de una carrera militar extraordinaria que comenzó con el colapso de la primera república de Venezuela en 1812 y que culminó con la derrota final del ejército español en América del Sur hacia 1825. En el transcurso de las páginas, Lynch evoca el contexto político y social con el que Bolívar tuvo que lidiar, describiendo sus esfuerzos frenéticos y desesperados para encontrar una solución a los enormes problemas que dejó la desintegración del Imperio español en las colonias americanas. Frente a cada una de las fases distintivas de la vida de Bolívar el autor hace valiosos apuntes, pero también se plantea algunas preguntas sobre el carácter de un movimiento emancipador que permitió la creación de una América Latina soberana tal como la conocemos hoy⁶.

La primera pregunta que inquieta a Lynch es ¿por qué una región periférica del Imperio español como Venezuela, cuyos bastiones fueron los virreinos de Nueva España, México y Perú, tuvo un papel tan prominente en el proceso independentista, gracias a la producción de tres de sus hombres más notables como Francisco de Miranda —«el Precursor»—, Andrés Bello, quien fuera uno de los maestros del joven Simón, y el mismo Bolívar? Su respuesta no es novedosa y se apoya evidentemente en la excelente investigación de P. Michael McKinley. Venezuela fue un territorio marginado durante gran parte de los siglos XVI y XVII, pero que adquirió una mayor importancia económica y administrativa a mediados del siglo XVIII y a inicios del 1800 cuando se convirtió en una de las colonias más prósperas de los dominios españoles en América⁷. Durante ese periodo, Venezuela hizo su entrada en la economía del mundo atlántico como consecuencia de la creciente demanda europea de sus productos agrícolas: su suelo fértil era especialmente favorable para la producción de cacao, añil y café, y sus puertos se convirtieron en enclaves privilegiados para la exportación hacia el Atlántico y el Caribe. La demanda de esos productos favoreció la consolidación de una clase de terratenientes muy poderosa, que en ciertos aspectos se asemeja a los hacendados de las plantaciones de Virginia, aunque, a diferencia de sus homólogos norteamericanos, estas familias generalmente no residían en sus haciendas sino en Caracas, la capital de la Provincia.

Las similitudes entre ambos espacios atlánticos no deja de sorprender: al igual que los plantadores de Virginia del siglo XVIII, los dueños de las plantaciones de Caracas intentaron evitar su dependencia de los comerciantes de la metrópoli. Del mismo

⁶ Por tratarse de una biografía el autor no profundiza demasiado en esta problemática. Un acucioso análisis sobre el problema de la soberanía en la era de las revoluciones puede verse en el excelente estudio de Jeremy Adelman, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, New Jersey, Princeton University Press, 2006.

⁷ P. Michael McKinley, *Pre-Revolutionary Caracas. Politics, Economy and Society, 1777-1811*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

modo que sus pares norteamericanos, los criollos caraqueños, entre ellos el padre de Bolívar —que poseía una importante colección de libros editados en Europa—, se mantuvieron informados de las noticias e ideas provenientes del Viejo Continente⁸. Al igual que los criollos de Virginia, los mantuanos también conformaron una elite de raza blanca al interior de una sociedad étnicamente diversa, pero racialmente dividida. En este caso y a diferencia del mundo colonial norteamericano, la división no sólo era entre blancos y negros —tanto esclavos como libres—, sino también entre blancos, pardos, mulatos libres y afro-indígenas, estos últimos representaban cerca del cincuenta por ciento de la población de Venezuela y sumaban alrededor de 800.000 habitantes. Como las relaciones entre la colonia y la metrópoli se deterioraron a partir de 1808, la aristocracia terrateniente se enfrentó con el mismo dilema al que se había enfrentado antes la elite de Virginia: la necesidad de equilibrar los argumentos en favor de la autonomía política contra el profundo miedo de que la revolución política desembocara en un conflicto social racial imposible de controlar.

Como bien lo ha planteado el historiador John Elliott, el comparativismo es una de las metodologías que puede contribuir a sortear las interpretaciones excepcionalistas y nacionalista. Precisamente, uno de los temas que aparece en otra de las biografías anglófonas recientes, es la comparación entre Simón Bolívar y el general norteamericano George Washington. En *Simón Bolívar: Venezuelan Rebel, American Revolutionary*, Lester Langley argumenta que tanto Bolívar como Washington estaban obsesionados con el juicio de la posteridad, y que habría sido el mismo venezolano quien abrió las puertas a esa comparación aludiendo a su trillada consigna: «Mi nombre pertenece ya a la historia: ella será la que me haga justicia. No soy menos amante de la libertad que Washington, y nadie me podrá quitar la honra de haber humillado al león de Castilla desde el Orinoco hasta el Potosí»⁹. Sin embargo, esta comparación es de larga data en la historiografía en español y no ha estado exenta de simplificaciones que homologan por doquier y de lugares comunes que reducen a Bolívar a un mero Washington del Sur.

El problema que parece quitar el sueño a Langley y también a Lynch es ¿hasta qué punto el suelo venezolano fue determinante para la aparición de un George Washington hispanoamericano? Si bien es válido hacer esa pregunta en referencia a la trayectoria militar y política de ambos personajes, la formación y el carácter de ambos presenta ciertos matices que diferencian sus respectivas trayectorias. Aunque ambos personajes fueron líderes innatos de los movimientos independentistas que se desarrollaron tanto en la América del Norte como en la del Sur, George Washington fue, a diferencia de Bolívar, un agricultor y un hombre de negocios que derivó a las armas, pero no un hombre político. Como bien lo ha definido el historiador Gordon Wood, Washington parecía no tener mucho que decir ante sus interlocutores y no representa-

⁸ Jack P. Greene, *Pursuits of happiness. The social development of Early Modern British Colonies and the Formation of American Culture*, Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 1988, pp. 42-100.

⁹ Lester Langley, *op. cit.*, pp. 109-122.

ba el modelo de lo que la mayoría llama un intelectual. Sin embargo, eso no fue un problema para liderar la revolución norteamericana, pues ya existía un grupo de hombres más indicados (Adams, Jefferson, Hamilton, Franklin, Madison, entre otros) para socializar un debate filosófico y constitucional sobre las formas de gobierno y las libertades públicas. Entre ellos, John Adams fue especialmente despectivo de las capacidades intelectuales de Washington, y en algunos de sus escritos apuntó a su evidente ignorancia de los asuntos públicos y a su escaso interés por lectura.

Con todo, lo que vuelve comparable a Washington y Bolívar es el sentido de la posteridad y el desprendimiento del poder. Tras la firma del tratado de paz y el reconocimiento británico de la independencia americana, Washington sorprendió al mundo entregando su espada al Congreso el 23 de diciembre de 1783 para luego retirarse a su finca en Mount Vernon¹⁰. Con ese acto simbólico, Washington efectuaba una retirada modesta e incondicional de la esfera pública: el comandante en jefe del ejército victorioso dejaba su espada y prometía no tener ninguna participación en los asuntos políticos futuros. Ese acto de desprendimiento total del poder convirtió a Washington en un hombre aún más célebre. Bolívar, por su parte, también había manifestado desde muy temprano su visión sobre la perpetuación en el poder. En su *Discurso ante el Congreso de Angostura*, pronunciado el 15 febrero de 1819 apuntó que «Nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el Poder. El Pueblo se acostumbra a obedecerle, y él a mandarlo, de donde se origina la usurpación y la tiranía». Dos años más tarde, en una carta dirigida al Dr. Pedro Gual escribió: «Me dice que la historia dirá de mí cosas magníficas. Yo pienso que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando... La historia dirá: Bolívar tomó el mando para libertar a sus conciudadanos, y cuando fueron libres, los dejó para que se gobernasen por leyes, y no por su voluntad». Tal como lo ha puesto de manifiesto Lester Langley, Bolívar tuvo una genuina preocupación por cómo sería recordado en la historia. Esta obsesión se vuelve aún más evidente en una carta que envía al general Santander el 23 de enero de 1824, en la cual señala: «en adelante quiero combatir por mi gloria aunque sea a costa de todo el mundo. Y mi gloria consiste en no mandar más».

No obstante, los antecedentes biográficos de uno y otro nos muestran a dos personajes generacional y políticamente diferentes. Bolívar nació en 1783 —el mismo año del retiro de Washington—, en el seno de una familia muy bien relacionada con la elite de Caracas. Huérfano a la edad de nueve años, fue puesto bajo la tutela de su tío, a quien llegó a odiar, y de quien trató de escapar. El joven Simón se educó de manera irregular con intermitentes profesores particulares, y se integró al cuerpo de la milicia a la edad de catorce años. Al igual que en las colonias británicas, en la América española el uniforme de oficial de milicia confería un prestigio social innegable a quién lo portaba. Por eso, a la edad de quince años Bolívar fue enviado a España para completar su educación, al igual que muchos otros jóvenes aristócratas de Caracas.

¹⁰ Gordon Wood, *op. cit.*, pp. 29-65.

Después de haber cruzado el Atlántico, travesía que Washington nunca realizó, Bolívar conoció de primera mano al país que más tarde ya no mostraría como la madre patria, sino como el Imperio que había obligado a los americanos a quedar en una permanente infancia en relación a los asuntos públicos. Después de un breve viaje a París en 1802 se convenció de que España era un país de salvajes. Sin embargo, se casó en Madrid con una joven a quien llevó a Venezuela, país donde murió de fiebre a los ocho meses de la boda. Viudo con sólo diecinueve años, Bolívar nunca se casaría de nuevo. La tragedia lo envió de regreso a la Europa napoleónica, primero a París y luego a Italia. Regresó a Caracas en 1807, luego de una corta visita a los Estados Unidos, allí «por primera vez en mi vida, vi la libertad racional de primera mano». Pero su visita a las tierras de Jefferson y Adams lo convenció de que el modelo político norteamericano no era adecuado para la América española. A su regreso a Venezuela se dedicó a la gestión de sus plantaciones tropicales, en las que trabajó junto a sus esclavos, pero poco a poco fue capturado por el torbellino de acontecimientos que pondría a su tierra natal en el camino a la Independencia.

Los años europeos fueron decisivos para la formación de Bolívar como futuro constructor de un proyecto revolucionario a escala continental. En París leyó tanto a los autores de la antigüedad clásica como las obras de algunos escritores del siglo XVII —John Locke y Baruch Spinoza— y de la Ilustración —Montesquieu, Voltaire y Rousseau—. Ese viaje también le permitió mirarse a sí mismo en el contexto de los disturbios desatados por la Revolución Francesa en todo el Viejo Mundo. Bolívar ya estaba en condiciones de examinar el legado político, social y constitucional de las primeras fases de la Revolución Francesa, y estuvo presente en París el 2 de diciembre de 1804 cuando Napoleón se coronó emperador en la catedral de Notre Dame. En Roma vivió una especie de epifanía en el Monte Aventino, donde a los 22 años habría jurado ante su ex maestro Simón Rodríguez liberar a su patria. La representación de esta imagen evocadora es la de un revolucionario ardiente que ante las ruinas del pasado clásico que lo rodea suscribe la firme promesa de que España seguiría el camino de la Roma imperial¹¹.

Poco tiempo después de su regreso a Venezuela, la invasión napoleónica a España en la primavera de 1808 precipitó una sucesión de acontecimientos que hicieron que la promesa del Monte Aventino estuviera mucho más cerca. La abdicación de Fernando VII, la invasión de las tropas francesas y la posterior caída del gobierno legítimo dejaron un vacío de poder que se visibilizó tanto en la propia Península como en los territorios americanos. Las Juntas surgieron en todo el mundo hispano para organizar la resistencia y ejercer la autoridad durante la ausencia forzada del Rey. Los mantuanos de Caracas tomaron la iniciativa en abril de 1810 destituyendo al capitán general de Venezuela, Vicente Emparan, y formaron una Junta Suprema instituida para mantener los derechos de Fernando VII. Esta Junta promovió a Bolívar al rango de teniente

¹¹ Anthony Pagden, *Spanish Imperialism and the Political Imagination: Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory*, New Haven and London, Yale University Press, 1990, pp. 133-153.

coronel en la milicia y lo envió a Londres para buscar apoyo del gobierno británico. Allí se reunió con el secretario de Relaciones Exteriores británico, quien le entregó una ambigua respuesta y evitó apoyar directamente la causa independentista de las colonias españolas. Sin embargo, durante los dos meses en Londres fue recibido por su exiliado compatriota Francisco de Miranda, quien lo introdujo en el mundo de la alta política y le ayudó a obtener valiosos contactos para su misión.

En 1810, la elite caraqueña se dividió entre los defensores del orden tradicional, los partidarios de algún tipo de autonomía dentro de la monarquía española, y los radicales como Bolívar, que veían la Independencia plena como la única opción para las colonias americanas. Es en este punto que llegamos al problema central que enfrenta cualquier historiador que trata de evaluar la carrera de Bolívar y los movimientos de independencia a lo largo de las Américas. Si miramos retrospectivamente estos procesos desatados con inusitada fuerza tanto en el Atlántico como en el Pacífico, pareciera que la disolución de los Imperios español y británico era inevitable. Los líderes patriotas fueron elevados a una condición heroica, mientras que los que se oponían a su causa pasaron a ser condenados y vilipendiados no sólo por sus contemporáneos sino también por las respectivas historiografías nacionales. Es necesario repensar esa coyuntura crítica que parecía inevitable a ojos de los contemporáneos, ya sea para el caso de las colonias británicas en la década de 1770 y de las colonias españolas después de 1808. ¿Qué alternativas políticas existían para resolver la mal llamada «crisis de la monarquía»? ¿En ese momento era la Independencia la mejor o incluso la única opción disponible para los criollos?¹².

Tanto Lynch como Bushnell y Langley parecen compartir una misma apreciación sobre la inevitabilidad de la acción política de Bolívar. Los tres autores reconocen que ante la coyuntura post 1808 había llegado el momento de liberar a las colonias y promover su absoluta independencia. Por esa misma razón, Bolívar encarnaba la avanzada de aquellas reivindicaciones criollas que ya no se sentían satisfechas con la obtención de una mayor autonomía dentro de la monarquía española sino que pretendían un quiebre político definitivo con la Corona española. Con todo, esta lectura del proceso revolucionario y del accionar de Bolívar parece ser tributaria de una mirada que nos habla únicamente desde la era post-imperial y del mundo post-colonial. Estos autores nos muestran un proceso histórico que transita hacia un desenlace inevitable y en cierta medida deseable. En el fondo reproducen la teleología revolucionaria que también utilizaron los historiadores del siglo XIX. A la hora de los balances cabe preguntarse si la Independencia fue total, y si todo lo ganado fue el justo precio de todo aquello que se perdió en la batalla. Sin duda que es necesario volver a pensar la Independencia como una de las múltiples opciones que se barajaron en una coyuntura en que la demanda de autonomía por parte de los criollos iba *in crescendo*¹³.

¹² Joyce Appleby se plantea esta interrogante para el caso norteamericano, en *Inheriting the Revolution. The First Generation of Americans*, Cambridge-London, Harvard University Press, 2000, pp. 26-56.

¹³ Jaime E. Rodríguez O., *The Independence of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Trabajos recientes sobre el Imperio español en los siglos XVIII y XIX han cuestionado la idea de una búsqueda de independencia absoluta por parte de las colonias americanas, incluso después de la *vacatio regis* de 1808¹⁴. ¿Fueron las juntas, que surgieron desde Caracas a Buenos Aires para defender a Fernando VII y sus derechos, un trampolín para la Independencia de España? Reafirmar esa hipótesis supone desconocer una larga tradición jurídica vigente en el mundo hispano por la cual en ausencia de un monarca la soberanía volvía al pueblo. Tanto en España como en América, la formación de juntas para expresar la voluntad del pueblo se amolda perfectamente a esta tradición¹⁵, particularmente cuando la lealtad de criollos e indios hacia la corona había echado profundas raíces en las sociedades americanas¹⁶.

Los historiadores también han estado prestando mucha atención en los últimos años a los acontecimientos que se desencadenaron sincrónicamente en la península Ibérica, especialmente a la discusión sobre la «cuestión americana» en la asamblea parlamentaria liberal de las Cortes de Cádiz, que se reunió en 1810 y disolvió en 1814 con el retorno de Fernando VII¹⁷. A diferencia de la Cámara de los Comunes británica, que rechazó la inclusión de representantes de sus colonias, las Cortes de España invitaron a los diputados americanos a participar, pero no otorgó los cupos que los territorios americanos creían proporcionales al tamaño de sus respectivas poblaciones¹⁸. En 1812 el primer artículo de la famosa constitución liberal aprobada por esas Cortes afirmaba con orgullo que «la Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios»¹⁹. En otras palabras, la categoría «español» refería a todos los habitantes de los territorios americanos —incluyendo a los indios, pero excluyendo a los afrodescendientes— y reconocía que éstos poseían los mismos derechos que los habitantes de la península Ibérica. Teóricamente, la Constitución abría posibilidades a una cierta forma de autonomía colonial en una nación española que abarcaba tanto al Atlántico como al Pacífico. Entre 1813 y 1814, en conformidad con las disposiciones de la Constitución gaditana, gran parte de la América española se embarcó en un pro-

¹⁴ John Elliott, *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006, pp. 325-369; Gabriel Paquette, «The Dissolution of the Spanish Atlantic Monarchy», en *The Historical Journal*, vol. 52, n.º 1, 2009, pp. 175-212.

¹⁵ Manuel Chust (coordinador), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2007.

¹⁶ Rebecca Earle, «Creole patriotism and the myth of the loyal Indian», en *Past and Present*, n.º 172, 2001, pp. 129-130.

¹⁷ Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (editores), *Visiones y revisiones de la independencia americana. México, Centroamérica y Haití*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2005.

¹⁸ José Carlos Chiaramonte, *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*, Buenos Aires, Editorial Teseo, 2010, pp. 75-120.

¹⁹ *Constitución política de la Monarquía española promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812*, Madrid, Imprenta Nacional, 1820, p. 4.

ceso electoral para ocupar los cupos en los órganos representativos del nuevo gobierno provincial y municipal. Pero ya era demasiado tarde. No sólo porque el experimento liberal fue condenado por el retorno al poder de Fernando VII, sino también porque algunas colonias entraron en un proceso de conflictos sociales y étnicos que desembocaron en una abierta guerra civil.

Que esto haya ocurrido se debe, en parte, al impulso de algunos criollos radicales como Bolívar, que presionaron una campaña a favor de la Independencia de España. A través de sus lecturas y de su observación de Europa y las Américas, Bolívar logró construir su propia visión sobre las formas políticas que las sociedades coloniales americanas debían tomar después de la caída del Imperio español. Como bien lo demuestra John Lynch, apoyándose en una investigación anterior de David Brading, las ideas políticas de Bolívar remiten al republicanismo clásico, que remonta su linaje a la antigua Grecia y la Roma republicana²⁰. Con una clara convicción liberal rechazó el despotismo y se volvió partidario de una forma de gobierno mixta, inspirándose, en los escritos de Montesquieu y John Adams. A partir de ese molde republicano Bolívar desarrolló una obsesión por la gloria y la fama eterna, primero como el libertador de su pueblo y luego como el legislador que permitió a sus compatriotas vivir como ciudadanos de repúblicas virtuosas. Con el retorno de Fernando VII, las condiciones para una guerra con la metrópoli no eran promisorias, sin embargo, el voluntarismo de Bolívar permitió que la causa independentista hispanoamericana continuara el proceso de transformación política iniciado por la revolución norteamericana y francesa. En este sentido, Bolívar parecía ser arrastrado por los vientos de una era convulsionada.

Pero España no era el único impedimento para consolidar los nuevos gobiernos independientes en las colonias hispanoamericanas. Los problemas políticos y sociales internos también fueron una constante de la vida política a inicios del siglo diecinueve. El recién elegido Congreso venezolano declaró la Independencia en 1811, pero fue incapaz de incorporar y controlar a las provincias realistas durante la Primera República. Durante las últimas décadas del siglo XVIII, los sectores pardos, mestizos y negros se vieron beneficiados por ciertas políticas monárquicas, y por lo mismo no tenían ningún deseo de apoyar una separación de España que los dejaría a merced de la elite criolla. En un territorio como el venezolano, donde las lealtades locales eran profundas, también hubo un gran resentimiento contra la dominación de Caracas. Con las fuerzas realistas activas y con la población negra y parda apoyando la causa realista, la nueva república se derrumbó en menos de dos años. El mismo Bolívar tuvo algún grado de responsabilidad en esa debacle; siempre intolerante con sus rivales, entregó a Francisco de Miranda —el precursor de la independencia— a los españoles, en un acto de traición que es difícil de excusar. En octubre de 1812 Bolívar se refugió en Cartagena, en la vecina Nueva Granada, donde publicó un manifiesto de agitación y

²⁰ David Brading, *Classical Republicanism and creole patriotism: Simón Bolívar (1783-1830) and the Spanish American Revolution*, Cambridge, Centre of Latin American Studies University of Cambridge, 1983.

preparó su campaña para arrebatar el control de Venezuela a los españoles y a los lealistas criollos. Ese fue el comienzo de lo que Bolívar anunció sería una «guerra a muerte».

Pero no hay duda que Bolívar no era tan magnánimo como su pluma, especialmente cuando proclamó que no habría piedad con aquellos españoles que no apoyaran la causa independentista. En Venezuela estalló la guerra civil y diversas atrocidades fueron cometidas por los grupos que intervinieron en el conflicto, el cual fue impulsado no sólo por las lealtades que rivalizaban, sino también por el resentimiento de las divisiones raciales entre criollos, pardos, negros y mulatos. En 1814, después de haber liberado a la mitad del país, Bolívar firmó una orden para ejecutar a sangre fría a más de ochocientos prisioneros españoles que se encontraban en poder de los insurgentes. Pero el ajusticiamiento de poco le serviría porque tras la inminente llegada de una gran fuerza expedicionaria española en la primavera de 1815 tuvo que refugiarse nuevamente en Cartagena. Poco tiempo después se embarcó rumbo a Jamaica para planificar y trazar los próximos pasos de lo que ya parecía una causa perdida.

Fue en Kingston donde Bolívar escribió su famosa *Carta de Jamaica*. Pese a que fue publicada originalmente en inglés tres años después de su redacción —el 6 de septiembre de 1815— y que no hubo una versión en español sino hasta 1833, se trata de un texto que, como dice Lynch, con el tiempo llegaría a ser una especie de *carta magna* de la revolución hispanoamericana. Esta carta es testimonio de un extraordinario poder discursivo: una de las claves del éxito de Bolívar; pero también muestra el desarrollo de una visión de futuro para toda la América española, una visión que, a su juicio, sólo podía lograrse si se tomaban en cuenta las realidades propias de los territorios americanos que habían sido colonizados por España. Bolívar creía que estos territorios no se adaptaban a las soluciones federales ni a las instituciones liberales plenamente representativas. A causa de las antipatías regionales, las divisiones raciales y la falta de preparación cívica, el futuro de la emancipación americana recaería en un Estado-nación a cargo de criollos ilustrados como él. Pese a que fue un abolicionista y liberó a sus propios esclavos, Bolívar no tuvo la intención de sustituir los regímenes absolutistas españoles por pardocracias.

El resto de su vida se dedicaría a la tentativa de convertir su visión de la América española en una realidad. A medida que reunió refuerzos y regresó al continente para lanzar un nuevo asalto a los realistas, Bolívar se revela como un comandante del genio: siempre sagaz para evaluar a los hombres y las situaciones y siempre con nuevas respuestas para afrontar los contratiempos y las derrotas, pese a un físico que parecía lejos de ser robusto. Gracias a su disposición para compartir las dificultades y los éxitos con sus soldados fue capaz de inspirar una profunda devoción por sus acciones y palabras. Pero al mismo tiempo era autocrático, cruel, vanidoso e implacable.

Sus biógrafos anglófonos evitan acusarlo de ser un simple caudillo, tal como lo fueron otros personajes de la historia de América Latina a inicios del siglo diecinueve. Aunque esta consideración historiográfica es cierta, es preciso matizarla. Por un lado Bolívar carecía de la base de poder de los caudillos regionales que surgieron después

de que se abriera paso por todo el continente, pero por otra parte poseía un sentido personalizado del poder que estaba profundamente arraigado en las relaciones patrón-cliente de la sociedad colonial. José de San Martín, que llevó su propio ejército de liberación hacia Argentina, Chile y Perú, y se encontró cara a cara con Bolívar en Guayaquil en 1822, lo describió como un hombre vano, superficial y con una irrenunciable «pasión por mandar». Entonces, si Washington subsumió su personalidad a la promoción de la causa emancipadora, Bolívar encausó la causa conforme a los dictados de su fuerte personalidad²¹.

El éxito de las campañas militares de Bolívar, no solo se explica por su astucia militar, sino también por la desorientación del gobierno español instalado en Madrid, incapaz de producir una estrategia coherente para hacer frente a las colonias rebeldes y por la indisciplina de los soldados realistas. Empero, estos factores no favorecieron inmediatamente la hazaña de alienar a los sectores de la población más comprometidos a mantener los tradicionales vínculos con España. Este proceso se perpetuó hasta que la lucha de España por mantener su dominio sobre América se agotara en diciembre de 1824 con la victoria del general Sucre —uno de los subordinados más leales a Bolívar— en Ayacucho. A partir de ese momento, la Independencia, que quince años antes no había sido más que un destello en los ojos de Bolívar y de un puñado de radicales, parecía el resultado lógico e inevitable de una guerra civil larga y brutal que enfrentó dos bandos que defendían dos lealtades políticas diferentes²².

El efecto de esta guerra, mucho más prolongada y sangrienta que la guerra que condujo a la independencia de los Estados Unidos, fue dejar amplias regiones de América del Sur arrasadas con sus poblaciones destruidas. Desde el principio Bolívar había pensado la necesidad de reconstruir las sociedades devastadas que él había contribuido a liberar. Se consideraba a sí mismo como el nuevo Licurgo, el único hombre capaz de diseñar nuevos sistemas de gobierno que permitieran a esas sociedades establecerse sobre sólidas fundaciones. El sueño de Bolívar era crear la República de la Gran Colombia, uniendo Venezuela, Nueva Granada y Quito, y para ello presentó a los delegados del Congreso reunido en Angostura en febrero de 1819 su gran plan para la nueva república, de la que fue nombrado el primer presidente.

Ese proyecto, que revela la originalidad de las ideas políticas de Bolívar así como su sospecha del nacionalismo para el futuro de las sociedades emancipadas del dominio español, tenía como principal fundamento la conformación de una estructura territorial supranacional. Pero su puesta en práctica colisionó con una dura realidad, derivada no sólo de la logística continental sino también de las lealtades regionales y locales en aquellas sociedades que habían desarrollado características y tradiciones propias durante más de doscientos años de dominación imperial. Dos dé-

²¹ Richard W. Slatta and Jane Lucas de Grummond, *op. cit.*, pp. 3-26.

²² Sobre este tema véase el original estudio de Clément Thibaud, *Républiques en armes. Les armées de Bolívar dans la guerre d'Indépendance en Colombie et au Venezuela*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006.

cadavres antes de la experiencia política atlántica había demostrado que era posible, pero sumamente complejo mantener unidas a las trece colonias británicas norteamericanas tras su independencia, pero en la América española no fue posible lograr la misma hazaña. Tal como ocurrió con el Imperio Romano, cuyas ruinas Bolívar había mirado desde el Monte Sacro, el Imperio español se fragmentó en múltiples unidades políticas independientes.

Como bien lo apuntan John Lynch, Richard W. Slatta y Jane Lucas de Grummond, como todo lector entusiasta de los clásicos y de Montesquieu, Bolívar vivió en un mundo de abstracciones; por lo mismo, fue siempre consciente de que las leyes debían adaptarse a las circunstancias locales. Sin embargo pasó los últimos años de su vida tratando de que su proyecto político no fuera pervertido por los intereses particulares ni por el personalismo caudillesco.

En sus esfuerzos por salvar su obra se fue moviendo en una dirección cada vez más autoritaria, produciendo una constitución para Bolivia con las disposiciones de un gobierno fuerte y un presidente perpetuo que tendría el derecho de nombrar a su propio sucesor. Esta Constitución, que propuso como modelo para las otras nuevas naciones, ha demostrado su controversial característica. Rodeado de enemigos, se enfrentó con rebeliones e intentos de asesinato y vio a la Gran Colombia desintegrarse. La amargura de sus últimos escritos revelan su desconcierto ante el curso que había tomado la consolidación política de la Independencia en toda América. Su famosa frase «Los que hemos trabajado por la libertad de América, hemos arado en el mar» revela de manera trágica su profunda desazón.

Nicolás OCARANZA
École des Hautes Études en Sciences Sociales
Centre de Recherches sur les Mondes Américains (CERMA)
Mondes Américains, Sociétés, Circulations, Pouvoirs
(MASCIPO - UMR 8168 CNRS)